

REVISTA
DE
ESTUDIOS EXTREMEÑOS

II

Junio, 1946

II

FRANCISCO DE HINOJOSA,
EL PERSONAJE INÉDITO DE UN DRAMA HISTÓRICO

POR

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Hay, en la historia interna de Extremadura, un período de intensa inquietud, de lucha fratricida, que llena varios años de la segunda mitad del siglo xv, provocada por la rivalidad de Gómez de Solís y Alonso de Monroy disputándose el Maestrazgo de la Orden de Alcántara. Episodio ligado a la Historia Nacional, y con encaje en el marco de turbulencias que provoca el reinado lamentable de Enrique IV de Castilla, tiene, sin embargo, un concreto valor de historia regional. Son extremeños los que luchan dentro de Extremadura, por una dignidad extremeñísima. Cuando la región forjadora de los grandes Conquistadores no había lanzado aún sus paladines hacia planos de Historia Universal, dentro de su terruño vivía este duro drama histórico, este episodio sangriento de la lucha por el Maestrazgo, que es, sin género de dudas; uno de los más destacados acontecimientos de su historia específica.

Los que escribieron sobre la vida extremeña, los literatos que buscaron inspiración en sucesos del pasado de esta comarca, con fre-

cuencia suelen referir o cantar la guerra entre Solís y Monroy. El episodio, consignado por viejos cronistas, es sobradamente conocido. No obstante, hay hasta hoy un vacío, una laguna que deja incompleta la visión total de algunos detalles, porque este drama histórico tiene un personaje inédito: Francisco de Hinojosa. Su nombre cruza como una sombra por las páginas históricas, y es solamente eso: un nombre. Cuando en Cáceres casa con la hermana del Maestre Solís y es herido por el Clavero Monroy, se le cita; pero, salvo alguna ligera referencia, nadie nos dice quién fué Francisco de Hinojosa, qué hizo antes y después de aquellos momentos el hombre que inicia la gran tragedia con categoría de verdadero protagonista, como causa ocasional de ella.

Hinojosa, «valentísimo caballero—dice Naranjo—, personaje histórico, merece una biografía por sus hechos y vida, toda consagrada al servicio de sus reyes y de la patria, cuya gloria contribuyó a extender, consolidar y perpetuar» (1). Aunque no compartimos este juicio, pues es indudable que no le movieron tan altos ideales durante la mayor parte de su vida, ni su labor tuvo decisivo peso histórico, creemos, sin embargo, que su figura tiene un valor y un interés.

Principalmente, un curioso manuscrito compuesto en el siglo xvi (2), que hemos descubierto, nos permite completar algún perfil del drama extremeño, sacando a la luz un bosquejo de la historia de su personaje inédito, con detalles anecdóticos individuales y familiares. Creemos que ello ha de ser una complementaria aportación útil a la historia de Extremadura, en un interesante período de fin de época, cuando el medievo ascético y feudal se encamina a desembocar en las luminosidades estéticas e inquietantes del Renacimiento, cuando el impreciso concepto de lo estatal va concretándose para ir desde la atomización de los pequeños Estados, hacia las grandes nacionalidades.

(1) Clodoaldo Naranjo: «Armas y linajes de Trujillo», cap. IX. Ms.

(2) Diego de Hinojosa: «Genealogía de los Hinojosa». Ms. compuesto en 1548, recopilado en 1553 por Alonso de Hinojosa y Torres. Las dos únicas copias conocidas de este manuscrito se encontraron en Cáceres, en el archivo del Conde de Canilleros, sección asuntos de Trujillo, leg. 22, n.º 4. Una de estas dos copias se conserva en el lugar citado; la otra ha sido regalada por su propietario, el autor de esta monografía, a D. Antonio Rodríguez-Moñino, figurando actualmente en la biblioteca de este ilustre bibliófilo extremeño. Este ms. pudiera ser el «Libro de los Linajes de Trujillo», que no pudo encontrar y menciona D. Vicente Barrantes («Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura», tomo III, Madrid, 1875), tomando la referencia de D. Tomás Tamayo («Diego García de Paredes y relación breve de su tiempo», primeras hojas sin foliar, Madrid, 1621).

1.—El linaje de Hinojosa

En Trujillo, viejo e histórico baluarte de levantisca nobleza, asentaron su solar los Hinojosa, en tiempos de Alfonso XI. El propio Rey trajo en su compañía, desde Toledo, al primero que vino a esta villa extremeña, Alonso Alvarez de Hinojosa, al cual dejó allí como Alcaide del Alcázar y Justicia Mayor (3).

Preciábanse los de esta estirpe de tener por tronco de su linaje a Nuño Sancho de Hinojosa, primo del Cid, natural de Soria, «Cabeza de Capitán General de los linajes de aquella ciudad, el cual libertó a aquella comarca de los moros que la tenían usurpada» (4). Gran caballero, este Nuño Sancho tenía en Señorío dos pueblos llamados Hinojosa, en los confines del territorio soriano. Un viejo cronista de su linaje cuenta de él que en una ocasión en que caminaba con su gente de uno a otro de estos dos lugares, hicieron los suyos prisionero a un moro principal que iba de viaje con su esposa, con la cual había contraído matrimonio aquel mismo día. Enterado de esto, don Nuño, en un rasgo de gentileza y desprendimiento, muy semejante a uno de los que siglos después tendría en Nápoles el Gran Capitán (5), puso en libertad a los recién casados infieles, pagando él, de su dinero, el rescate a sus propios servidores.

Poco tiempo después de este episodio caballeresco, D. Nuño reñía dura batalla con los moros fronterizos. Había avanzado en descubierta, esperando viniesen tras él las tropas de su pariente Rui Díaz de Vivar; pero el refuerzo se retrasó, y el noble caballero, deshecha su hueste, cayó al suelo, mortalmente herido, después de perder un brazo en la pelea. La casualidad hizo que en aquel momento llegase y le reconociera el moro al que dió la libertad, quien le dijo:

«—Caballero, tiempo es de pagar el hombre la deuda; yo soy a

(3) Hinojosa: Ms. cit., fol. 20 vto. Fray Alonso Fernández («Historia y Anales de la ciudad y Obispado de Plasencia», pág. 224, Madrid, 1627), dice que los Hinojosa, enlazados con los Paniagua, vinieron a Trujillo, al ser reconquistada la ciudad, en 1231. Esta vaga afirmación carece de valor ante el manuscrito de Hinojosa, que tomó los datos de documentos conservados en los archivos de su familia, según hace constar.

(4) Hinojosa: Ms. cit., fol. 19. Este autor dice (fol. 54) que las noticias sobre el origen de su linaje se las complementó personalmente el Dr. Lorenzo Galíndez de Carvajal.

(5) Vid. «Chronica del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y Aguijar», en Antonio Rodríguez Villa: «Crónicas del Gran Capitán», pág. 226. Madrid, 1908.

quién tú diste la vida y onrra; andacá, que yo te sacaré a puertó seguro.»

«—Amigo—respondió el moribundo—, que ya no soy D. Nuño Sancho, sino D. Nuño Manco. A do hallares mi cuerpo haz poner una piedra con letras que digan: Tardóse el Cid» (6).

En brazos del agradecido infiel expiró el Sr. de Hinojosa, cuyo cadáver recogió el Cid, llevándolo a enterrar al Monasterio de Huertas, cerca de Medinaceli. Sobre la losa de su tumba fué esculpida la frase dicha al morir.

Siglos después, aún se decía en las iglesias de la tierra de Soria, todos los domingos, esta plegaria por su alma y por la de su esposa:

«—Roguemos por el ánima de D. Nuño Sancho de Hinojosa, que libró esta tierra de moros, e doña Marquesa su muger, que nos hicieron grandes mercedes» (7).

* * *

Los Hinojosa, descendientes del caballero y valiente Nuño Sancho, pasaron de Soria a Toledo, viniendo después, según dijimos, a Trujillo (8). El primer venido, Alonso Alvarez de Hinojosa, era hijo de Lope Alonso de Hinojosa y de su mujer Catalina Alvarez de Toledo, de la casa de los Señores de Oropesa.

Alonso Alvarez, tatarabuelo de Francisco de Hinojosa, «figuró entre los Regidores del Concejo de Trujillo en 1325» (9). «Fué alto de cuerpo, moreno de rostro, bien apersonado» (10). Cuando llegó al solar trujillano, era viudo de una doña Inés, cuyo apellido se ignora, y le acompañaban sus tres hijos: Lope Alonso, Alvar y Martín Alonso de Hinojosa. Este último siguió con el Rey Alfonso XI hasta Jerez de la Frontera, donde casó y fué tronco de su linaje en aquella ciudad. Los otros dos quedaron en Trujillo, enlazándose con la más poderosa casa, la de Altamirano, cabeza del bando de los de su nombre, que gozaba primacía en el reparto de puestos concejiles. La sucesión del mayor, Lope Alonso de Hinojosa, casado con Estebanía

(6) Hinojosa: Ms. cit., fol. 19 vto.

(7) Ibid., fol. 20.

(8) El trabajo más documentado y completo sobre el linaje de Hinojosa, desde la venida a Trujillo hasta la extinción de aquel apellido en esta ciudad, es el de Federico Acedo: «Linajes de Trujillo», cap. correspondiente al apellido Hinojosa. Ms. en la bib. del hijo de su autor.

(9) Naranjo: Ms. y loc. cits.

(10) Hinojosa: Ms. y loc. cits.

Fernández Altamirano, descendió de nivel social, a causa de reveses económicos, siendo la generación del segundo, Alvar Alonso de Hinojosa, la que mantuvo el lustre del apellido en su nuevo solar.

* * *

Alvar Alonso de Hinojosa, bisabuelo de Francisco de Hinojosa, gran personaje en su época, «fué caballero de mucha exelencia, e muy cuerdo e muy virtuoso, de gran dispusición de persona, muy bien complecionado, moreno de rostro y enjuto, vivió ciento diez y ocho años... sin aver perdido diente ni muela» (11). Contrajo cuatro matrimonios. Cuando casó por cuarta vez, con una joven dama de la familia Rúa, pasaba ya de los ochenta, logrando, a pesar de ello, sucesión. Las primeras nupcias las contrajo, siendo casi muchacho, con Constanza Fernández Altamirano, hermana de la mujer de su hermano Lope Alonso. De ella tuvo tres hijos y dos hijas. El primogénito, llamado Hernán Alonso de Hinojosa, alcanzó casi tan larga vida como su padre, pues, habiendo nacido en 1339, murió en 1449, llegando, por tanto, a los 110 años de edad. El segundo de los hijos, que se llamó Martín Alonso de Hinojosa, fué el abuelo de Francisco.

* * *

Curiosos fueron los incidentes que llevaron al matrimonio a Martín Alonso de Hinojosa y el nacimiento de su hijo único. «Hombre alto de cuerpo, moreno de rostro» (12), siendo muchacho empezó a cortejar a la hija de Inés Sánchez de Tapia y de su fallecido esposo Francisco de Gironda. Esta Inés Sánchez (13), a la que por su carácter decidido y energético llamaron la «Rabiosa», mujer de «muchos dinerós y mucha plata y riqueza» (14), no conforme con su viudedad, estimó oportuno tomar para sí el pretendiente de su hija, enviándole a tal fin un mensaje en el que le decía:

«—Mejor es que casse Martín Alonso commigo que con mi hija, pues que siendo más la hacienda luego podrá della goçar, quanto más que mi hija es ynábil para tomar cassa; por tanto mejor le es a

(11) Ibid., fol. 22.

(12) Ibid., fol. 50.

(13) Fundó mayorazgo, sobre el cual hubo pleito en el siglo XVII. Se conserva documentación sobre este pleito en el arch. de Canilleros, a. de T., leg. 16, n.º 26.

(14) Hinojosa: Ms. y loc. cits.

Martín Alonso de Hinojosa goçar de mujer discreta, aunque anciana, que de moza simple y pobre» (15).

El razonamiento convenció al galán y a su parentela, celebrándose la boda, no sin grandes disputas de la viuda con la familia de su primer marido.

Si ya el matrimonio dió lugar, por la gran diferencia de edades, a jocosos comentarios de la sociedad trujillana, éstos subieron a lo increíble cuando la desigual pareja anunció que iba a tener descendencia. Nadie podía admitir tal cosa, por pasar Inés Sánchez de los cincuenta años, suponiendo que se tramaba una intriga, para perjudicar a los descendientes del primer marido, en beneficio del imberbe cónyuge actual. Cuando estos comentarios llegaron a oídos de la decidida y energética «Rabiosa», sin pérdida de tiempo se instaló en una tienda de campaña en las afueras de Trujillo, convocando con pregón a cuantas damas quisieran asistir a verla dar a luz. Al mismo tiempo, citaba a todos los caballeros para que viniesen a custodiar la tienda, en evitación de posible superchería. Y, así, ante numerosísima, escogida y regocijada concurrencia, trajo al mundo Inés Sánchez de Tapia a su hijo Alvaro de Hinojosa, padre del que sería principal actor en los episodios de la lucha por el Maestrazgo de Alcántara.

* * *

Alvaro de Hinojosa fué «hermoso, uno de los más gentiles hombres de varones que en todo el Reino se podía hallar en su tiempo e gran justador» (16); pero, al lado de estas estimables cualidades, tuvo el defecto de una excesiva vanidad, que hacía patente a cada momento, ya que sin cesar presumía de la rancia nobleza de su apellido y «loaba y oportunamente su linaje diciendo venir del Cid» (17).

Casó Alvaro de Hinojosa con Mari Blázquez, de la noble familia de los Murieles y Vargas, sobrina de Sancho Sánchez Muriel, gran caballero trujillano, y de ella tuvo un hijo y una hija: Francisco, el personaje a quien se refiere esta monografía, y Mencía Alvarez de Hinojosa, que casó con Francisco de Paredes.

Se cuenta que Alvaro de Hinojosa, en sus vanidosos y desorbitados delirios de grandeza, llegó a pensar en ser Maestre de Santiago, publicando sus pensamientos diciendo que varias noches había soñado

(15) Ibid.

(16) Ibid., fol. 52.

(17) Ibid.

que llevaba una cruz sobre el pecho, lo cual era augurio de la realización de sus aspiraciones. Un día contaba esto a su primo Juan de Hinojosa el «Viejo», quien le interpretó el sueño de otra forma, diciéndole:

«—Primo señor, si es esa cruz que soñáis la cruz de Nuestra Señora, donde vos sois feligrés, que os la pongan en esos pechos después de muerto» (18).

Así ocurrió, efectivamente, porque poco más tarde murió Alvaro, siendo enterrado en la iglesia de Santa María la Mayor, de Trujillo, en la capilla de Santa Ana, sepultura de los de su familia.

El linaje de los Hinojosa era ya por entonces uno de los más preeminentes en el conjunto de la orgullosa nobleza trujillana. Cuando nuestro personaje iba a venir al mundo, el siglo xv desgranaba los años de su primera mitad sobre un Reino empobrecido y desgarrado por las luchas intestinas. Juan II reinaba en Castilla, sin gobernar, entre debilidades y claudicaciones, entre revueltas, que alcanzaron en mucho a Extremadura, teatro de los desafueros de los ambiciosos Infantes de Aragón. Tras este débil Monarca vendrían sus dos hijos a sentarse, sucesivamente, en el trono de San Fernando. Con ellos iba a terminar la última dinastía española, la de Trastamara, y con ellos iría Castilla, desde el hundimiento vergonzoso de Enrique IV, a la culminación gloriosa de Isabel I.

2. — El personaje inédito

Francisco de Hinojosa debió nacer por el año de 1435 (19). Siendo muchacho, fué protagonista de un trágico suceso provocado por la necia vanidad paterna, que nos descubre ya la decisión y coraje del

(18) Ibid., fol. 53.

(19) No hay base para fijar con exactitud la fecha del nacimiento de Hinojosa, pero disponemos de un dato que permite situarla aproximadamente: el haber pasado la infancia en Trujillo con el Clavero Monroy, quien marcha con su tío, el Maestre don Gutierre de Sotomayor, a los trece años de edad, y actúa en guerras, siendo muy joven, en 1452. Esto hace suponer que Monroy naciese alrededor de 1435. No debió nacer después, porque sería muy niño para actuar en guerras en 1452; pero tampoco pudo ser mucho antes, pues en esta fecha no sería demasiado joven, como dicen las crónicas que era. Si el Clavero sólo permaneció en Trujillo los trece primeros años de su existencia, para que Hinojosa pudiera convivir con él necesariamente tenían que ser de edad muy aproximada. De haber nacido el Clavero en 1430, como, sin aducir pruebas, afirma Matías Gil (*«Las siete centurias de la ciudad de Alfonso VIII»*, Plasencia, 1877), en 1452 tendría 22 años, lo que no era una extremada juventud para guerrear en aquel tiempo.

futuro luchador: Un caballero compuso unas coplas ridiculizando la presunción desmedida de Alvaro, coplas que fueron muy celebradas en Trujillo. Enterado Francisco, buscó al poeta y le dió muerte de una estocada, diciéndole:

«—Ponedme un pie a esta copla, pues lo sabéis bien hacer» (20).

Ocurrió esto en los momentos en que un oscuro hidalgo cacereño, «mozo brioso y de buen parecer y habilidad en torear» (21), iniciaba brillante carrera al amparo del favor regio. Se llamaba D. Gómez de Solís, aunque por el lugar de procedencia se le nombró también don Gómez de Cáceres (22). El que luego sería Maestre de Alcántara, protegido ya decididamente por Enrique IV, admirador de «su arro-gante estatura, su belleza y lo afable de su trato» (23), salvó de toda responsabilidad a Francisco de Hinojosa, pensando que tan decidido mancebo podría serle sumamente útil en el futuro. Como, además, el muchacho era, económicamente, un buen partido, no tuvo inconve-niente en prometerle en matrimonio a su hermana doña Juana de Solís (24). Pero los sucesos se precipitaron, llegando mucho más allá de lo que nunca pudo soñar el advenedizo cacerense; porque el Rey, llevado de «su debilidad por Gómez de Cáceres» (25), lo elevó al

(20) Hinojosa: Ms. cit., fol. 54.

(21) Pedro Barrantes Maldonado: «Genealogías extremeñas», en «Rev. de Extre-madura», tomo XII, pág. 360. Agosto, 1910.

(22) Se ha repetido mucho el error de que su apellido fué Cáceres, lo que es abso-lutamente falso. Jamás llevó él ni los de su linaje tal apellido. En las notas de la edición del libro de Alonso Maldonado, que se publicó en el tomo VI del Mem. His-toria Esp., se insiste en este error.

(23) Alonso de Palencia: «Crónica de Enrique IV», década I, lib. V, cap. III. Trad. A. de Paz y Meliá. Madrid, 1904-1908.

(24) Con gran frecuencia se ha llamado a esta señora doña Leonor de Solís. Diego de Hinojosa la nombra en su ms. doña Juana, y este testimonio es más valioso que cualquier otro, por haber escrito el autor a muy pocos años de distancia y a la vista de documentos familiares. También figura como doña Juana de Solís en el inte-resante «Memorial de la calidad y servicios de la Casa de D. Alvaro Francisco de Ulloa» (fol. 100, Madrid, MDCLXXV), que compuso el eruditó D. Pedro de Ulloa Golfin, aunque aparece autorizado por el cronista D. José Peciller como si fuese el autor.

Asimismo, Miguel Ramón Zapater («Cister Militante», Madrid, MDCLXII) llama a la hermana del Maestre doña Juana de Solís.

(25) Gregorio Marañón: «Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla», pág. 55. Madrid, 1930. Es interesante consignar que, en contraste con las interpretaciones malévolas sobre las causas de la predilección del Rey por Solís, Maldonado, contem-poráneo y mortal enemigo de D. Gómez, dice le dió el Maestrazgo por ser «valiente

Maestrazgo de Alcántara, consiguiendo en 1558 que el Papa expidiese Bula de tal nombramiento.

Tan insospechada grandeza modificó sus planes, ya que un Maestre podía enlazar a sus parientes con las primeras casas del Reino. Aun siendo «Francisco de Hinojosa caballero muy principal de Trujillo» (26), resultaba ya poco para su hermana. El de Solís quiso romper el compromiso, contraído cuando los novios no eran «bien de edad para casar» (27). Don Gómez se dedicó a buscar más importante marido a doña Juana, decidido a que no se celebrara la boda con Hinojosa; pero no contaba con un factor decisivo en la vida de la Humanidad, al que entonces se pretendía relegar a segundo término: el amor. Doña Juana de Solís, enamorada de su arrogante y valeroso prometido, no estaba dispuesta a renunciar a él. Durante muchos años esperó que su hermano consintiese la boda, hasta que, cansada de tantas dilaciones, decidida a todo, no tuvo inconveniente en recibir al galán, «por una ventana de una torre, en sus amorosos brazos, y de aquella vez quedó la dama encinta» (28). Con ello se forzaba a D. Gómez de Solís a casarla cuanto antes con Hinojosa.

No parece que el Maestre se enojase demasiado con este suceso, que se ocultó cuidadosamente, pues los cronistas de la época no llegaron a enterarse del percance, sólo conocido de algún familiar íntimo, por quien lo supo el detallista historiador de su estirpe.

La boda de doña Juana de Solís con aquel «hidalgo trujillano llamado Francisco de Hinojosa» (29), quedó acordado que se celebraría con todo esplendor en Cáceres. La histórica villa se dispuso a ser testigo de magníficas fiestas, largamente narradas en las viejas historias y cantadas por los vates regionales.

Era el año de 1464. Gómez de Solís imperaba en el esplendor de su poderío. Francisco de Hinojosa había llegado a los momentos conocidos de su historia, a sus fastuosas y trágicas bodas.

hombre, cuerdo y de confianza». Alonso Maldonado: «Hechos del Maestre de Alcántara D. Alonso de Monroy, con un estudio preliminar de Antonio R. Rodríguez-Moñino», pág. 33. Madrid, 1935. Por el detalle con que ha sido cuidada esta edición, preferimos utilizarla, mejor que la hecha de la misma obra en el Mem. Hist. Esp.

(26) «Memorial de la calidad y servicios...», loc. cit.

(27) Hinojosa: Ms. cit., fol. 55 vto.

(28) Ibid., fols. 55 vto. y 56.

(29) Publio Hurtado: «Castillos, torres y casas fuertes de la provincia de Cáceres», pág. 87. Cáceres, 1927.

3.—Prólogo del drama

Entre la escogida concurrencia que se había reunido en Cáceres para asistir a la boda de Hinojosa, figuraba el Clavero de la Orden de Alcántara, D. Alonso de Monroy. De noble estirpe (30), este hercúleo y valeroso personaje, magnífico exponente de las energías raciales de Extremadura, es la gran figura representativa de la historia interna de esta comarca. Ambicioso, inquieto, leal y decidido, «compéndianse en D. Alonso de Monroy—dice Barrantes—todas las cualidades y defectos de la raza extremeña» (31). Su fortaleza física fué asombro de la época. Era «hombre alto de cuerpo y muy membrudo y bien proporcionado—según su cronista—. Era el hombre más recio que había... Nunca hombre encontró con su lanza debajo del brazo que se quedase en la silla. Mudaba siempre caballos, porque no podían sufrir su peso... Sus armas ofensivas y defensivas eran tan pesadas, que era espanto poderlas sufrir hombre» (32). Sólo otro famoso extremeño, nacido pocos años después, Diego García de Paredes, el «Hércules y Sansón de España», superó en fuerzas al Clavero Monroy.

La madre de D. Alonso fué doña Juana de Sotomayor, hermana del Maestre de Alcántara D. Gutierre de Sotomayor. Por estar muy ligada esta familia a la nobleza de Trujillo, «se crió D. Alonso con su madre en esta ciudad, en las casas de la Calzada, cerca de las del padre de Francisco de Hinojosa» (33). Allí estuvo hasta los trece años, a cuya edad se lo llevó su tío el Maestre, confiriéndole luego la Clavería de la Orden.

Parece ser que desde muchachos no se tuvieron mucha simpatía Hinojosa y Monroy, quienes en los años infantiles muchas veces se apedreaban uno con otro, andando siempre en temillas» (34). El

(30) Era de la misma sangre que la famosa doña María la «Brava», descendía de valientes paladines y su linaje había enlazado con ilustres casas. Vid. Pedro Salazar de Mendoza: «Origen de las dignidades seglares de Castilla y León», lib. III, cap. XXII. Toledo, 1618.

(31) Vicente Barrantes: «Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia...», pág. 26. Madrid, 1872.

(32) Maldonado: Op. cit., págs. 23, 24 y 25.

(33) Hinojosa: Ms. cit., fols. 56 y 56 vto. Esta casa de Hinojosa se encontraba, según Naranjo (ms. y loc. cits.), en la Plaza de Trujillo. No pertenecía a los de esta línea, la única que cataloga como «casa de los Hinojosa» José Ramón Mélida: «Catálogo monumental de España. Provincia de Cáceres», tomo II, pág. 371. Madrid, 1924.

(34) Hinojosa: Ms. cit., fol. 55 vto.

tiempo no modificó la aversión de Francisco hacia el Clavero, aversión que también sentían los hermanos del Maestre Solís.

Don Alonso tuvo noticias de las grandes fiestas que se preparaban en Cáceres, estando en «Montánchez—dice Torres y Tapia—, donde había ido a visitar a doña María de Monroy su hermana, mujer del Comendador Portocarrero, que tenía aquel Castillo: por dar gusto al Maestre vino a hallarse a ellas» (35).

El anuncio de los festejos nupciales trajo al solar cacereño nobles y pecheros de toda Extremadura.

«Casa una hermana el Maestre
con un caballero joven,
que en el solar de Trujillo
Francisco Hinojosa, es noble.
Van llegando caballeros,
prevendados, ricos-homes,
para rendir pleitesía
que a tal señor corresponde» (36).

Por todo Cáceres resonaba una alegría bullanguera y deambulaba una heterogénea multitud endomingada.

* * *

Lo que ocurrió en esta boda es sobradamente conocido para que nos detengamos demasiado en su narración, limitándonos, por tanto, a consignar escuetamente los sucesos.

Era costumbre entonces, entre caballeros, entretenérse luchando. Después de un banquete en casa del Maestre, varios convidados lucieron sus habilidades en este terreno; pero nadie se atrevió a medir sus fuerzas con el gigantesco y hercúleo Clavero, «salvo el novio, que se fué a él a rogarle que luchase con él, porque era extremado luchador» (37). El gesto es digno de tenerse en cuenta: allí estaban los más esforzados y valerosos caballeros de Extremadura y, sólo uno, Hinojosa, se consideró capaz de enfrentarse con el temido paladín.

Trató Monroy de excusar la lucha, cediendo, por fin, a los ruegos del Maestre, a condición de que le atasen un brazo atrás, como siempre

(35) Frey Alonso de Torres y Tapia: «Crónica de la Orden de Alcántara», tomo II, pág. 368. Madrid, MDCCLXIII.

(36) Marqués de Torres Cabrera: «El Clavero de Alcántara», en «Romances de Extremadura», pág. 46. Madrid, 1924.

(37) Maldonado; Op. cit., pág. 35.

hacía, en tales casos; pero, altivo y digno, «el novio respondió que con aquella ventaja, con Héctor que fuera, no lucharía» (38). En consecuencia, no hubo lucha corporal; sin embargo, el choque psíquico había sido lo suficientemente grande para herir a Monroy y a Hinojosa; al primero, en su orgullo, al encontrar alguien que se atreviese a afrontarlo cara a cara; al segundo, en su dignidad, al querer situarle en un plano inferior.

Al día siguiente se celebraban en la Plaza los juegos de cañas, en los cuales todos los caballeros iban a lucir su gallardía y fortaleza. Mientras el pueblo se apiñaba tras las empalizadas, en balcones, ventanas y torres lucían sus galas fastuosas las más bellas damas y los más ilustres señores de la nobleza de toda Extremadura. La Plaza cacereña—esa misma plaza que hoy tiene, junto al matiz provinciano de los comercios de sus soportales, el empaque prócer de su torre de Bujaco—era en aquellos momentos una maravillosa estampa polícroma y un grito de muchedumbre alegre y curiosa.

A un lado se alzaban «unos tablados muy altos para hechar por cima de ellos cañas y bohardos» (39). Varios nobles habían probado ya su destreza en este juego, cuando el Clavero, cuya pujanza no tenía igual, estimando pueril tirar objetos de tan poco peso, tomó una lanza jineta y, desde su caballo, la arrojó con fuerza, pasando los tablados, ante la admiración y vitores de la asombrada multitud. Esta prueba colocaba a todos los caballeros en un plano de inferioridad y en una situación desairada. Como tantas veces ha ocurrido en la Historia, los pequeños sucesos estaban engendrando grandes acontecimientos. Aquellos miles de almas congregadas en la Plaza de Cáceres no podían sospechar que la alegre diversión que presenciaban sería el prólogo de una trágica guerra civil.

Cuando llegó el momento de romper cañas, la figura central de aquellos festejos, «Francisco de Hinojosa, que era muy buen bracero y recio» (40), estaba fuera de sí por el triunfo de Monroy. Alonso Maldonado (41) llega a decir que entre los hermanos del Maestre y su

(38) Ibid.

(39) Torres y Tapia: «Crónica...», loc. cit.

(40) Maldonado: Op. cit., pág. 36.

(41) Op. y loc. cits. La trama para matar al Clavero sólo la consigna este autor. De él la han copiado luego todos los historiadores. La fuente es sospechosa, porque Maldonado fué un incondicional adicto a Monroy, afanoso por justificar todos los actos de éste y por ensalzar su figura. La prueba más clara de que no se pensó en asesinar al Clavero, nos la da el hecho de que luego lo tuvieron preso en su poder los Solís, sin atentar contra su vida.

nuevo cuñado se había urdido un plan para dar muerte al Clavero, encomendándose a Francisco la realización del proyecto, cosa que nos parece inadmisible, dada la leal condición de Hinojosa. Lo cierto es que el recién casado atacó a Monroy, buscando los puntos vulnerables de la armadura, y que éste, en una reacción violenta, alcanzó al otro con su vara, dándole en la cabeza, abollándole el casco e hiriéndole. Francisco de Hinojosa cayó de su caballo, como muerto. El desconcierto y alboroto fueron entonces inenarrables. Por toda la plaza resonaba con indignación este grito:

«—Muera, muera el Clavero, que mató a Francisco de Hinojosa sin por qué» (42).

Los nobles cercaban a Monroy, tratando de hacerlo prisionero; pero éste se defendía indomable contra todos, a pesar de ser tantos, porque «la casa que el Maestre traía era como de un Príncipe, a que ayudaba los muchos deudos suyos y de Francisco de Hinojosa» (43).

Don Gómez de Solís dejó la ventana desde donde contemplaba los festejos, bajando a recoger a su cuñado. «Cuando llegó había cobrado aliento el Hinojosa y abría los ojos» (44). Después de disponer que éste fuese entrado en una casa, a la cual vino a cuidarlo su mujer, el Maestre fué a donde luchaban por rendir al Clavero, quien se entregó por fin, ante la autoridad maestral.

Monroy fué llevado preso a Alcántara, de donde logró escapar. Hinojosa quedó en Cáceres, curando de su herida, cuya importancia era mucho menor de lo que se pensó en un principio.

Estaba iniciada la guerra de bandos que más trastornos causó a los extremeños, y que, ligada después a las banderías nacionales, asoló por muchos años sus pardas tierras. En este prólogo del drama histórico, Francisco de Hinojosa no fué sólo un personaje, sino el protagonista; porque, como dice un viejo y anónimo historiador, «por causa deste cavallero y de sus desposorios se descubrieron las malas voluntades que se tenían el Clavero i el Maestre, que después tanta sangre y desasosiego costó a Extremadura» (45).

(42) Maldonado: Op. cit., pág. 36.

(43) Torres y Tapia: «Crónica...», tomo II, pág. 368

(44) Maldonado: Op. cit., pág. 37. Publio Hurtado supone que la ventana desde donde presenciaba el espectáculo el Maestre, pertenecía a la torre llamada de los Púlpitos, unida a la casa de la madre de Solís, que ocupaba parte del actual jardín de la casa de los Condes de la Torre de Mayoralgo. «Ayuntamiento y familias cacereñas», pág. 793, nota 1. Cáceres, 1915-1918.

(45) «De la valerosa ciudad de Trujillo y sus armas», fol. 33 vto. Ms. compuesto a fines del siglo XVI. Archivo del Conde de Cañilleros, a. de T., leg. 22, n.º 3.

4.—En la lucha por el Maestrazgo

Rotas las hostilidades, Alonso de Monroy, después de escapar de Alcántara, empezó a reunir gente para hacer la guerra contra el Maestre, juntando unos ochenta de a caballo y algunos infantes. De momento, no inquietó esto mucho a D. Gómez de Solís, que disponía de una lucida hueste de ochocientas lanzas. Francisco de Hinojosa, incondicionalmente adicto a su poderoso cuñado, era uno de sus más valientes y decididos paladines.

Por entonces el Maestre estaba en la cúspide de su poderío, que pronto iniciaría la decadencia. El desprecio con que en un principio miró la rebeldía del Clavero, fué trocándose poco a poco en honda preocupación. Monroy, como un centauro, corría sin cesar las tierras extremeñas, causando daño a su enemigo. Consciente de la inferioridad numérica de sus tropas, no planteaba batalla en campo abierto, sino escaramuzas y golpes de mano: esa inquietante y desconcertadora lucha de tipo guerrillero, tan eficaz en todos los siglos.

Aunque a poco de rotas las hostilidades hubo una tregua, pues con motivo de la venida del Rey a Extremadura fueron a verle el Maestre y el Clavero, reconciliándose por orden del Monarca, no mucho tiempo después los sucesos nacionales se precipitaban en revuelto torbellino, por el que se dejó arrastrar el desagradecido y tornadizo Solís, quien no tuvo inconveniente en entrar en la Liga de grandes señores descontentos, que, «poniendo delante el célo del beneficio público» (46), llegaron a deponer de la dignidad real a Enrique IV y a proclamar Rey a su hermano el Infante D. Alonso. Como la coyuntura no podía ser más favorable a Monroy, en el acto tomó partido a favor de D. Enrique, quien le escribió una carta desde Salamanca, el 5 de Junio de 1465, encomendándole hacer guerra al Maestre (47). La estrella de Solís empezaba a palidecer. Su enemigo contaba ahora con el favor real. Pese a la proclamación del Infante D. Alonso, el Rey, aunque combatida y mermada su autoridad, seguía en el trono. Entraba en una fase decisiva y dura la lucha por el Maestrazgo de Alcántara, de la que una mujer, la Duquesa de Arévalo, vendría a sacar partido a favor de su hijo D. Juan de Zúñiga.

* * *

(46) Jerónimo de Zurita: «Anales de la Corona de Aragón», lib. XVIII, cap. LX. Zaragoza, MDLXVIII.

(47) En Torres y Tapia: «Crónica...», tomo II, pág. 375.

Francisco de Hinojosa tuvo escasos momentos de reposo desde el día de su boda. Repuesto pronto de su herida, marchó de Cáceres a Trujillo, donde su esposa dió a luz el hijo ya concebido al casar, el cual se llamó Alvaro de Hinojosa, como su abuelo paterno. Doña Juana le dió después otro hijo y una hija. El varón se llamó, como su tío, Gómez de Solís; «a éste, en naiendo, le dió el Maestre la Encomienda de Herrera, que es de gran calidad y rica, la cual gozó el padre toda su vida» (48). La hembra se llamó doña Inés de Solís.

Francisco intervino luego decididamente en la contienda contra el Clavero. Al iniciarse la lucha más decisiva, su cuñado lo envió a Alcántara, cabeza del Maestrazgo, para defender aquella plaza y su castillo de posibles intentos de conquista. Su esposa, tan enamorada de él, marchó en su compañía.

En Alcántara se encontraba este matrimonio cuando en 1469 se quería arrebatar esta plaza del poder del Maestre. Ya entonces habían ocurrido en estas guerras numerosos episodios, que caen fuera de nuestro propósito detenernos a historiar, y había muerto, en 1468, el Infante D. Alfonso.

En 1469 vino el Rey a Trujillo, y allí fué a verle D. Gómez de Solís, para pedirle perdón por su deslealtad. El perdón le fué otorgado, sin duda, pensando que anteriormente le había «servido muy bien y con fineza singular» (49), concediendo, además, el Monarca mercedes a los hermanos del Maestre, tales como el Condado de Coria, que otorgó a D. Gutierre de Solís.

El Rey había venido a Trujillo a fin de entregar la ciudad al Conde de Plasencia, a quien la había cedido en premio a sus servicios; pero, ante la resistencia de los trujillanos, cambió la merced por la villa de Arévalo, con título de Duque (50)..

Estando en Trujillo, D. Gómez de Solís fué invitado a cenar por el Maestre de Santiago, el cual le dijo de sobremesa:

«—En poridad creo, hermano, que dormís sin perro; decidme qué recaudo tenéis en la villa de Alcántara.»

«—Tengo en su guarda—respondió D. Gómez—un hermano mío muy buen cavallero.»

(48) Hinojosa: Ms. cit., fol. 62 vto.

(49) «Definiciones de la Orden y Cavallería de Alcántara, con la historia y origen della», pág. 52. Madrid, 1662.

(50) Vid. Diego Enríquez del Castillo: «Crónica del Rey D. Enrique IV», capítulo CXXXV. Bib. Aut. Esp., tomo LXX, Madrid, 1878.

«—Pues enviadle luego decir—agregó el de Santiago—que mire bien de quién se confía, que el Clavero bino a mí en secreto que le favoreciese y no quise; él irá a la Duquesa de Plasencia, la cual, sin duda, le dará favor; por ende ved lo que oy cumple, Maestre» (51).

Solís avisó a su cuñado el peligro que se avecinaba. Poco después, el Clavero estaba con su gente sobre Alcántara, dispuesto a tomarla. Había venido desde Zalamea con quinientos jinetes y otros tantos infantes.

Aunque por secretos tratos pudo Monroy ocupar una entrada de la villa (52), la fortaleza y el famoso puente, «el mejor edificio que nos queda en España de toda la antigüedad» (53), estaban perfectamente defendidos, siéndole imposible su ocupación. Decidióse, en consecuencia, a poner duro y estrecho cerco, estableciendo luego su principal campamento en el cerro de las Vigas.

Cuando Hinojosa recibió el aviso del Maestre, puso la mayor diligencia en prevenir la defensa; pero no pudo evitar que un traidor, precisamente «un fraile de misa de San Francisco, que mostrava a leer a sus niños» (54), facilitase, como dijimos, a Monroy la ocupación de una puerta, lo que le allanó el acceso a la villa. Los defensores, tras dura lucha, recuperaron en parte lo perdido, y, averiguado quién había sido el traidor, Hinojosa hizo morir al preceptor de sus hijos, arrojándolo al Tajo desde lo alto del monumental puente romano. Como veremos, la muerte de este fraile es el hecho que más pesar le produjo en su vida.

El cerco de Alcántara fué una operación dura y salpicada de incidentes.

El Maestre, tan pronto tuvo aviso de la aventura emprendida por el Clavero, reunió gente, partiendo con ochocientos jinetes y más de dos mil infantes (55). Convencido de que Alcántara podía resistir mucho tiempo, fué primeramente a Zalamea, que estaba en poder de los de Monroy, de la cual se apoderó por sorpresa. Solís nombró

(51) Hinojosa: Ms. cit., fols. 58 vto. y 59.

(52) Vid. Francisco de Rades y Andrade: «Crónica de las tres órdenes...», capítulo XXXV. Toledo, 1572.

(53) José de Viú: «Extremadura. Colección de sus inscripciones y monumentos...», tomo I, pág. 140. Madrid, 1852.

(54) Hinojosa: Ms. cit., fol. 59.

(55) Torres y Tapia: «Crónica...», tomo II, pág. 393.

Alcaide de esta plaza, precisamente, a Francisco de Hinojosa (56), si bien éste no fué a ella hasta mucho después.

Mientras el Maestre se tornaba hacia Alcántara, Hernando de Monroy, llamano el «Bezudo», primo del Clavero, juntaba tropas para ir en socorro de su pariente. La noticia de tal refuerzo detuvo al Maestre, quien se dedicó a hacer gestiones, a fin de aumentar sus tropas; pero esta dilación permitió al Clavero reforzar también las suyas con doscientas lanzas que le envió el Conde de Plasencia y con la venida de la gente de su hermano Hernando de Monroy, Señor de Belvis.

Por fin, el Maestre se dirigió sobre Alcántara. Traía a sus órdenes un lucido ejército, compuesto de mil quinientos caballos ligeros, seiscientos hombres de armas y más de mil quinientos peones. El Clavero, aun después de recibir los refuerzos, sólo disponía de quinientas lanzas y cuatrocientos peones. No obstante, aquel hombre fuerte, decidido y valeroso, precursor de las grandes figuras históricas extremeñas, se dispuso a dar la batalla, supliendo la inferioridad numérica con la audacia y con un ingenioso ardil, consistente en abrir hoyos, que luego fueron cubiertos disimuladamente, a manera de trampas.

El éxito de la estratagema fué completo. Los hombres de armas del Maestre, la gran fuerza de choque, lo que hoy podríamos denominar la unidad blindada, inició el ataque con gran ímpetu, cayendo en los hoyos los caballos y rodando en tierra los caballeros, que fueron en su casi totalidad muertos o apresados por los peones de don Alonso. Avanzó entonces la vanguardia de éste, mandada por los dos Hernando de Monroy y por Garcilaso de la Vega. En las filas del Maestre cundía el desconcierto, pese a los esfuerzos que Solís hacía por mantener su formación, luchando en el puesto de más peligro. El fiel de la balanza se había inclinado ya a favor del Clavero.

Tras sangrienta lucha, el Maestre emprendió la fuga, quedando victorioso y dueño del campo su enemigo. En aquella memorable mañana del sábado día 6 de Febrero de 1470, Monroy había logrado un resonante triunfo, cuyo eco vibró por toda Extremadura, siendo

(56) Maldonado y Torres y Tapia dicen que el Maestre dejó en Zalamea por capitán a Francisco de Hinojosa; pero es indudable que permaneció en Alcántara todo el tiempo que duró el cerco. Probablemente se haría ahora la designación de Hinojosa, quedando otro en su nombre, marchando él a Zalamea cuando terminó la lucha en la cabeza del Maestrazgo.

cantado por el pueblo en «muchas Coplas y Romances al Clavero, alabando mucho su victoria» (57).

* * *

Los defensores de Alcántara, que llevaban tantos meses de sufrimientos, resistiendo con varonil entereza, quedaban, después de este triunfo del enemigo, totalmente abandonados a su suerte. No obstante, se dispusieron a continuar luchando. Con exactitud dijo de los españoles un extranjero que por aquella época recorría Castilla: «Este es el pueblo que sufre bien el hambre y los trabajos» (58).

El hambre que éstos padecieron «fue sonada por toda España—consigna un historiador—; comieronse los perros y gatos, los cueros de las alargas, y paveses y otras infinitas miserias. Tenían bastimento apenas para cinco meses y con la buena regla les duró catorce meses» (59). Solís supo escoger bien los defensores del recinto alcantarino, pues, como dice Alonso Fernández, «los caballeros que estaban dentro con voz del Maestre D. Gómez eran de mucho valor, y se defendieron muy bien» (60).

Francisco de Hinojosa dió aquí pruebas de un temple y de una entereza verdaderamente admirables, resistiendo sufrimientos materiales y morales con resignación y sin decaer un momento su ánimo. Su amante esposa, doña Juana de Solís, murió en Alcántara, durante este cerco, de un cuarto parto, juntamente con el recién nacido, a causa de las privaciones sufridas. No quiso doña Juana separarse de su esposo, y, aunque muchos le aconsejaban la marcha, decidió «ser compañera a su marido en los trabajos hasta la muerte» (61). Su actitud fué tan digna, tan noble, que hasta los enemigos sentían por ella admiración y lástima. El Señor de Belvis le envió numerosos mensajes, dándole facilidades para salir de la plaza, «y le metía en secreto panejillos y conserbas, viendo su gran peligro, con caridad de generoso y buen caballero» (62).

(57) Frey Alonso Fernández: Op. cit., pág. 146. Maldonado, testigo presencial, narra con todo detenimiento la batalla. De él la han tomado después todos los historiadores, como toman también la mayor parte de las noticias relativas a otros sucesos de las luchas entre Solís y Monroy.

(58) Relación hecha por Tetzel, en «Viajes por España». Trad. A. M. Fabié: «Libros de antaño», tomo VIII, pág. 164. Madrid, 1889.

(59) Hinojosa: Ms. cit., fol. 59 vto.

(60) Op. cit., pág. 146.

(61) Hinojosa: Ms. cit., fols. 59 vto. y 60.

(62) Ibid., fol. 60.

Cuando la muerte puso fin a los sufrimientos de la dulce y sentimental Juana de Solís, Hinojosa dispuso el depósito provisional del cadáver, para llevarla luego a enterrar a Trujillo, y, sobreponiéndose a su dolor, «no por esta muerte perdió su ánimo ni hizo mudamiento en su semblante ni dejó de animar su gente en tan gran conflicto ni de resistir y ofender los enemigos, con ánimo ynvencible» (63).

Después de la victoria lograda, el Clavero quiso acelerar la rendición del Alcázar alcantarino; pero sus esfuerzos se estrellaban contra la decisión de los sitiados. Francisco de Hinojosa, enfermo de calenturas, proseguía luchando, aunque parece que por este tiempo, acaso por tal dolencia, dirigía la defensa Hernando de Mojica, Caballero del Hábito de Santiago (64).

A todo esto, surgía un tercer candidato al Maestrazgo, D. Juan de Zúñiga, un niño, hijo de los Condes de Plasencia, Duques de Arévalo, cuya causa sostenía con tesón varonil su madre doña Leonor Pimentel, «que ya ella sola era el alma de la poderosa casa de los Zúñiga, Señores de Plasencia» (65). Este tercer bando vino a disputar a D. Alonso de Monroy la ocupación del castillo de Alcántara, llegando el Clavero y la Duquesa a un acuerdo, en virtud del cual quedaría a cargo de Hernando de Monroy, hermano de D. Alonso y adicto a doña Leonor.

Ciñéndonos a Francisco de Hinojosa, sólo nos resta decir que, superada la terrible prueba, llegó el momento de rendir por pacto la fortaleza de Alcántara. Cuando con su escasa y famélica hueste Hinojosa salió de aquel baluarte, «era un espectáculo maravilloso y cosa de ver y notar la ferozidad de su persona de guerra—dice un viejo cronista—, la maguez y amarillez de sus carnes y rostro, el destrozo de su persona balerosa, tan gastadas las ropas de las armas continuas, que sele parecían las carnes por mil agujeros» (66).

El Clavero se encontraba frente al hombre que fué causa ocasional de la lucha fratricida. Monroy, siempre noble y caballero, debió sentir admiración y pena al contemplar en tan lastimoso estado al que

(63) Ibid.

(64) Maldonado: Op. cit., pág. 88. Sólo cita como defensor de Alcántara a Mojica, sin mencionar a Hinojosa, cuya presencia allí es indudable, por los detalles con que recoge esta intervención el ms. de Diego de Hinojosa.

(65) Vicente Paredes: «Los Zúñiga, Señores de Plasencia», en «Rev. de Extremadura», tomo XI, pág. 150. Abril-Mayo, 1909.

(66) Hinojosa: Ms. cit., fols. 60 y 61 vto.

contempló arrogante y hermoso mancebo, en Cáceres, durante las fiestas nupciales. Por ello, en tono de consuelo, le dijo:

«—¿Quién ganó más onrra, Hinojosa, Señor, vos que os aveis defendido tanto tiempo amparado con no muy buen aderezo o los que entramos agora por concierto en la Villa?».

«—Sed vos Juez, Señor,—respondió Hinojosa—, pues tuvistes ventura.»

«—No pudo cavallero en el mundo defenderse mejor que vos aveis hecho. Vos sois más onrrado» (67), concluyó el Clavero, mientras se quitaba una capa, que ordenó a sus servidores echar sobre los hombres de Francisco.

Las caballerosas palabras y el gesto noble de D. Alonso debieron mitigar en parte la tristeza del vencido; pero éste salía de Alcántara con una sensación de derrota absoluta. Solís había perdido la cabeza del Maestrazgo. Allí mismo, poco después, el 19 de Octubre de 1472, Monroy se hizo elegir Maestre. Aunque esto no había ocurrido aún cuando Hinojosa se alejó del teatro de sus hazañas y sufrimientos, el panorama no podía ser más oscuro para su bandería, quebrantada por constantes reveses. Francisco debió ver entonces con claridad que su cuñado llegaba al ocaso, que el bando a que tan lealmente había servido entraba en un período agónico.

5.—Entre las banderías y la unidad nacional

No es tarea nuestra hacer la historia de la guerra por el Maestrazgo de Alcántara, sino seguir la vida de Francisco de Hinojosa. Prescindimos por ello de narrar tantos y tantos incidentes, limitándonos a decir que la estrella del Maestre se estaba eclipsando. El Clavero, después de arrebatar a su hermano el castillo y villa de Alcántara, reunió allí a los caballeros y acordó la deposición de Solís de la dignidad maestral. Más tarde, como ya dijimos, Monroy se hacía elegir Maestre.

Terminada su misión en Alcántara, Hinojosa, decidido a no abandonar en ningún momento la causa de su cuñado, marchó a Zalamea, dispuesto a mantener esta villa en poder del Maestre, cuya decadencia era trágica. «Despojado de su estado y afligido de una enfermedad que le ocasionó aquella congoja» (68), Solís fué a recogerse en Maga-

(67) Ibid., fol. 61 vto.

(68) Juan de Mariana: «Historia general de España», lib. XXIII, cap. XV. Valencia, 1744.

cela. Allí murió, en 1473 (69), triste, olvidado y «pobre, sin más adeptos que sus parientes Francisco de Solís, Diego de Cáceres Ovando y Francisco de Hinojosa» (70).

Al tener noticia del fallecimiento de D. Gómez, Monroy volvió a hacerse elegir Maestre, en Mayo de este año, y se dispuso a ocupar los lugares, castillos y encomiendas de la Orden. Era uno de los más importantes sectores rebeldes a Monroy la tierra de la Serena, cuyas fortalezas defendían los citados parientes e incondicionales del Maestre muerto.

Por aquellas mismas tierras, el ya Maestre, Monroy, tenía poderosa enemiga en la guerreadora Condesa de Medellín. Después de librar victoriosos encuentros con la gente de ésta, D. Alonso fué contra las plazas que deseaba ocupar. Ante la resistencia que Hinojosa hizo en Zalamea, Monroy le puso asedio, quedando al frente de las tropas que plantaron el cerco, a su primo el «Bezudo». Mientras tanto, él se ocupó de la rendición de Magacela, defendida por Francisco de Solís, sobrino del Maestre fallecido, hijo de la hermana de éste, doña María de Solís.

Tras heroica e inútil resistencia, «Francisco de Hinojosa entregó a Zalamea con cierto trato» (71). Todo parecía serle próspero al antiguo Clavero, cuando de manera inesperada se inició su desgracia. Magacela se defendió con refuerzos enviados por los enemigos de Monroy, mientras éste fué a Sevilla llamado por el Duque de Medina Sidonia, con objeto de ser paladín en un desafío que no llegó a celebrarse. Al regreso de este viaje a Andalucía, Francisco de Solís trató de ajustar amplias paces con D. Alonso, solicitándole en matrimonio una de sus hijas. En realidad, se trataba de una indigna trama para apoderarse de Monroy. Asombra cómo hombre tan experimentado pudo caer en el lazo; pero, pese a las advertencias de muchos de los suyos, el Maestre fué confiadamente a Magacela, invitado por su supuesto futuro-yerno. Una vez dentro del castillo, Solís se apoderó de Monroy, encerrándole encadenado en una prisión.

Este golpe de audacia varió de momento el sesgo de los acontecimientos. Francisco de Solís, reuniendo en Magacela a los caballeros de la Orden que le eran adictos, se hizo elegir Maestre de Alcántara. Otra vez había tres candidatos al Maestrazgo: Monroy, Solís, el

(69) Torres y Tapia: «Crónica...», tomo II, pág. 408.

(70) Hurtado: «Ayuntamiento y familias cacerenses», cit. pág. 795.

(71) Torres y Tapia: «Crónica...», tomo II, pág. 419.

«Electo»—que así lo denominaron siempre los cronistas, porque su designación no llegó a ser nunca confirmada por el Papa,—y D. Juan de Zúñiga, cuya causa seguía manteniendo con tesón su madre la Duquesa de Arévalo, que, al fin, fué quien se quedó de verdad con tan alta dignidad.

De nuevo el bando de Solís volvía a jugar papel. Francisco de Hinojosa, incondicional de este bando, fué a unirse con el «Electo», quien se había confederado con la Condesa de Medellín y con el Comendador Mayor de León, a fin de que apoyasen sus pretensiones al Maestrazgo.

Corría el año de 1474, cuando Solís, dejando preso en Magacela a Monroy, marchó contra Zalamea, defendida por el «Bezudo». Francisco de Hinojosa iba ahora a sitiarn la plaza en que fué sitiado; pero Hernando de Monroy se defendió tan heroicamente, que fué imposible tomar Zalamea, que hasta mucho después no fué ocupada, y no precisamente por la gente de Solís, sino por la de D. Juan de Zúñiga.

A todo esto, terminaba el año de 1474, decisivo en la Historia de España. El 11 de Diciembre moría en Madrid el Rey D. Enrique IV. Su hermana doña Isabel era proclamada Reina por la mayor parte de las ciudades y grandes, mientras una facción, alentada por el Rey de Portugal, pretendía colocar en el trono a doña Juana la «Beltraneja», dudosa hija del fallecido Monarca. El Reino iba a vivir los decisivos años de transición, iluminados por el resplandor siniestro de los recuerdos de las hogueras de las banderías y por las lejanas claridades prometedoras y gloriosas de la unidad nacional. Entre un ayer triste y un mañana sublime, con resabios de aquél y presentimientos de éste, Hinojosa iba a consumir el resto de su existencia, sin la fortuna de alcanzar la era de plenitud y grandeza.

* * *

Francisco de Solís, queriendo captarse el favor de los Reyes que luego llevaron el título de Católicos, pasó a Portugal por Alburquerque, dispuesto a combatir al protector de la «Beltraneja» dentro de su propio Reino. En la expedición iba Francisco de Hinojosa. Como sólo los sucesos relativos a éste nos interesan, sobre la campaña en general nos limitaremos a decir qué fué poco afortunada y que, derrotado el «Electo» en un encuentro con los portugueses, cayó mal herido, recabando auxilio de uno de sus soldados, que pasó cerca de él, el

cual había sido criado de D. Alonso de Monroy. Golondro—que así se llamaba el soldado—al reconocer a Solís, le cortó la cabeza, diciéndole:

«—¡Así pagarás la traición que hiciste a mi amo!» (72).

Después de este trágico fin del «Electo», sus tropas se dispersaron, emprendiendo el regreso a Extremadura. Francisco de Hinojosa pudo recoger y organizar parte de la gente, marchando a la Enciencia de Herrera, que, como dijimos, administraba por su pequeño hijo Gómez de Solís. Desde aquí hostilizaba la frontera portuguesa, prosiguiendo una guerra de escaramuzas. Sin poder puntualizarse detalles de esta actuación, es indudable que se comportó decidida y valerosamente. Los enemigos fronterizos y los del bando de D. Juan de Zúñiga llegaron a temer tanto sus correrías, que unos caballeros portugueses apellidados Sousa, de quienes él se fiaba considerándolos amigos, lo prendieron a traición.

Habilmente, Hinojosa «quebrantó las prisiones» (73), y, con un sentido exacto de la caballerosidad y del honor, no tuvo inconveniente en presentarse al propio Rey de Portugal, para protestar del indigno proceder de sus súbditos. El Monarca lo recibió con todo afecto, reprendiendo a los Sousa, quienes se disculparon diciendo:

«—Si lo hicimos como Francisco de Hinojosa dice, fué, Señor, porque nos lo mandó el Duque de Plasencia, que nos mostró carta de Vuestra Alteza en que Vuestra Alteza nos mandava que sirviésemos al dicho duque.»

«—No pensé yo— contestó el Rey—que el duque usara tan largo de mi licencia» (74).

Aunque en realidad no castigó el Monarca a los Sousa, cuya actuación probablemente le había convenido, prodigó a Francisco toda clase de atenciones, abrazándolo ante la Corte, mientras le decía:

«—¿Vos sois Finojosa el que está en esas fronteras? En ora buena vengáis, que con vos y los fidalgos como vos sostieñen los Reyes sus vidas y estados» (75).

Francisco pudo regresar satisfecho a su tierra. Un Rey, del cual era enemigo, le había desagraviado en público con palabras de ala-

(72) Maldonado: Op. cit., pág. 125.

(73) Hinojosa: Ms. cit., fol. 61.

(74) Ibid., fols. 62 y 62 vto.

(75) Ibid., fol. 62 vto.

banza y lo había estrechado en sus brazos. No muchas figuras históricas, aun de más categoría, merecieron tales regias deferencias.

* * *

Poco a poco, el panorama nacional iba cambiando. Sobre la Castilla sombría de los tiempos de Enrique IV, despuntaba la aurora del reinado de los Reyes Católicos, aurora que hacía presentir días de gloria y plenitud de Imperio. Los pleitos internos, las banderías, las pequeñas rencillas, agonizaban con finales estertores violentos, mientras se abrían camino, para imponerse a la conciencia colectiva, los nobles afanes y las grandes tareas.

El valeroso e indomable Monroy se iba hundiendo en un triste ocaso de postergación. Libre de su cárcel de Magacela a la muerte del «Electo», luchaba incansable y desafortunado, sin dejar de titularse Maestre, aunque el Papa Sixto IV dió, en 1477, Bula anulando su nombramiento (76). Contra toda lógica y razón, el tercero en disputa, D. Juan de Zúñiga, se afirmaba en el Maestrazgo, aunque los Caballeros de Alcántara habían querido mejor «tener a la cabeza de la Orden un hombre de la experiencia y merecimientos de Monroy, que a un niño manejado por su ambiciosa madre» (77).

En este período—en el cual volvió a ser, como en el comienzo de la lucha contra Solís, un fugitivo y audaz guerrillero, para terminar luego en contumaz rebelde contra los Reyes, aunque sin perder nunca toda su grandeza de ánimo, toda su noble dignidad, todo su valor como símbolo de la raza extremeña en un determinado momento histórico—, volvió el Clavero a enfrentarse con Hinojosa, al cual arrebató la Encmienda de Herrera.

Por entonces Francisco, desligado ya de los bandos alcantarinos, volvió a Trujillo, dispuesto a servir a los nuevos Monarcas. Deseando poner fin a su viudedad, fué a tratar con «el famoso caballero principal Luis de Chaves el viejo, quien conociendo bien su valor y sus prendas le ofreció en matrimonio a su hija menor doña Juana de Sotomayor, hermosa dama muy joven». Este Luis de Chaves era el gran paladín trujillano de los derechos dinásticos de la Reina Isabel (78).

(76) En esta Bula viene citado Francisco de Hinojosa. Vid. «Bularium Ordinis Militiae de Alcántara...», pág. 228. Matriti, MDCCLIX.

(77) Hurtado: «Castillos, torres y casas fuertes...» cit. págs. 93 y 94.

(78) Vid. detalla nota biográfica de Luis de Chaves, en Fr. Alonso Fernández: Op. cit., págs. 127 y siguientes.

Curiosa circunstancia, digna de notar, es el que las dos mujeres de Francisco de Hinojosa fuesen cada una parienta de los dos grandes rivales, el Maestre y el Clavero. La primera, era hermana de Solís; la segunda, sobrina de Monroy, hija de una prima hermana de éste, doña Juana de Sotomayor, hija del Maestre de Alcántara D. Gutierre (79).

Después de contraer su segundo matrimonio, Francisco, unido a la gente de su suegro, participó en los sucesos de por entonces, siendo muchos «los grandes servicios que a los Reyes Cathólicos hiço» (80). Sin bien es verdad que tales servicios no debieron ser de brillante destaque, sí fueron, sin duda, eficaces. De ellos había claros testimonios documentales, según nos cuenta el viejo cronista al mencionar «las grandes mercedes que los Reyes le prometieron, como por sus cartas oy día parece, en las cuales le llaman pariente, confesando los dichos servicios y expresándolos en cartas que no es pequeña onrra, a sus hijos y descendientes» (81).

En aquellas luchas, cuyo fin era ya más elevado que quitar o poner un Maestre, Hinojosa intervino en numerosos sucesos, cuyo ajuste en el engranaje histórico no es posible puntualizar. Fué herido varias veces, «prendió muchos cavalleros, hícole buen tratamiento, soltólos con gran liberalidad» (82). Aprisionado en distintas ocasiones, logró escapar, gracias, una vez, a su segunda esposa; porque Francisco fué un hombre que supo inspirar ciega pasión a sus dos mujeres. Si la primera prefirió morir de privaciones a separarse de él, la segunda cambió sus vestidos con el esposo, que pudo huir disfrazado, mientras ella quedaba en la prisión, «donde fué tratada con arta aspereza des que supieron el engaño con que libró a su marido» (83). Cuando esto ocurría, doña Juana de Sotomayor estaba embarazada de su primer hijo y próxima al parto. Su padre, Luis de Chaves, orgulloso del noble rasgo de su hija, antes de recobrar ésta la libertad, le envió a la prisión un plato de plata lleno de florines de oro, con un mensaje en el que le decía:

«Embioos estos florines como a flor de nuestro linaje, que mira y mirará por la onrra como ha hecho» (84).

(79) Vid. la genealogía de la casa de Chaves, en Clodoaldo Naranjo: «Trujillo y su tierra», tomo I, págs. 443 y siguientes. Trujillo, 1923.

(80) Hinojosa: Ms. cit., fol. 62.

(81) Ibid.

(82) Ibid., fol. 62 vto.

(83) Ibid., fol. 63 vto.

(84) Ibid.

Aunque Francisco de Hinojosa seguía consagrado al servicio de sus Reyes en tareas bélicas, su salud estaba quebrantadísima. Aquellas calenturas que cogió durante el cerco de Alcántara, nunca le desaparecieron por completo. En realidad, era un enfermo de tuberculosis. Por ello hacía ahora más frecuentes paradas en su casa solariega de Trujillo. Esta su ciudad natal tuvo un acelerado ritmo de vida en los años de 1477 a 1479. Durante ellos, los Reyes D. Fernando y doña Isabel permanecieron allí largas temporadas, mientras afirmaban su trono y extingüían las hogueras de odios y banderías que asolaron hasta entonces todo el Reino, muy especialmente «Trujillo, donde—dice Alonso de Palencia—a diario corría la sangre por las calles» (85). En estos años, los Monarcas cruzaron sin cesar los caminos de Extremadura, de Alcántara a Guadalupe, de Trujillo a Cáceres, peregrinos de un ideal de unidad hispana. Estas dos últimas ciudades, cunas de Hinojosa y de su cuñado el Maestre, fueron los más firmes puentes del orden nuevo, representado por Isabel la Grande, desde el día en que la Reina vino a Trujillo, «alegrentemente recibida por todos los caballeros e pueblo» (86), y desde el momento en que entró en Cáceres después de jurar sus fueros (87).

Por entonces promovió pleito Hinojosa contra Monroy, por haberle ocupado por fuerza la Encomienda de Herrera, que, como dijimos, pertenecía al hijo de Francisco. Tres años retuvo en su poder don Alonso las rentas de esta Encomienda. Los Reyes fallaron a favor del despojado, ordenando subastar los bienes que el Clavero tenía en Trujillo. Como el importe de las rentas retenidas ascendían a un millón doscientos mil maravedís, y no se sacó de la subasta lo suficiente para indemnizar a Hinojosa, «se le adjudicaron las rentas y censos de varios pueblos y los juros que tenía Monroy sobre la Zapatería en esta ciudad» (88).

Durante uno de estos viajes regios, «estando el Rey Cathólico don Fernando en Trujillo y D. Pedro González de Mendoza, Arçobispo de Toledo y Cardenal de España, posando en las casas de Francisco de Hinojosa» (89), le preguntó el ilustre Purpurado qué cosa era lo que

(85) «Crónica...», lib. XXVIII, cap. VIII. Ed. cit.

(86) Hernando del Pulgar: «Crónica de los Reyes Católicos», 2.^a parte, capítulo LXVIII.

(87) Vid. Pedro Ulloa Golfin: «Fueros y privilegios de Cáceres», fol. 277. Sin l. ni a.

(88) Naranjo: Ms. y loc. cits.

• (89) Hinojosa: Ms. cit., fol. 70 vto.

más pesar le había causado en su vida. El valiente guerrero le dijo que de lo que más se arrepentía y lo que más le inquietaba la conciencia era la muerte del fraile que arrojó por el puente de Alcántara, en castigo de la traición que le hizo, entregando al Clavero una puerta de la villa. El Cardenal tranquilizó a Francisco, diciéndole «que los traydores y malos amigos merecían gran castigo» (90) y que, si no estaba ya absuelto de tal pecado, él le absolvería «con poca penitencia, con confesarse, un salmo y un pater noster» (91).

Esta curiosa anécdota, que refleja el concepto inflexible que en cuestiones de honor se tenía, hasta desde un punto de vista religioso, nos descubre también la importancia y alta categoría que llegó a disfrutar Francisco de Hinojosa, de que es muestra el que se alojase en su morada el más alto personaje de la Corte, el Gran Cardenal de España, y el que lo tratara con tanta familiaridad y cariño.

Francisco pasó en Trujillo los últimos años de su vida, disfrutando de su cuantiosa fortuna, salvada de tantos azares y acrecentada con las dotes de sus dos esposas. Vivía con todo lujo y esplendor; «tuvo gran cassa, criados, caballos, armas, bajillas de plata, como gran señor» (92).

Poco a poco, aquella «calentura ética que cobró en el cerco de Alcántara» (93) fué minando su existencia, muriendo en su casa trujillana el año de 1489 (94). «Su entierro fué de lo más fastuoso que se hizo en Trujillo» (95). Se le sepultó en la iglesia de Santa María la Mayor, de aquella ciudad, en el sepulcro de sus padres—sin duda, uno de los enterramientos de la capilla de Santa Ana—, donde también dormía ya el sueño eterno su primera mujer. Sobre su sepultura pusieron «su estandarte de seda encarnada con las armas de su linaje» (96).

En el silencio solemne del viejo y abandonado templo de aboleño románico, Francisco de Hinojosa ya no es hoy ni siquiera un nombre: ningún epitafio señala su tumba, confundida entre la de tantos ilustres

(90) Ibid., fol. 71.

(91) Ibid.

(92) Ibid., fol. 62 vto.

(93) Ibid.; fol. 71.

(94) Ibid.

(95) Naranjo: Ms. y loc. cits.

(96) Hinojosa: Ms. y loc. cits. «Las armas de los Hinojosa son hinojos verdes en campo dorado, orlada (nueve) aspas de San Andrés (en campo de gules). Estas creo yo que traya D. Nuño Sancho de Hinojosa... y las puso en sus reposteros Francisco de Hinojosa, el Baliente, Magnánimo, y se pusieron en el estandarte que se puso sobre su sepultura». Ibid., fol. 17.

caballeros. Su estandarte de seda desapareció hace siglos. Las armas de su estirpe se repiten junto al león de Bejarano, a las estrellas de Paredes, a los roeles de Orellana, a los osos y pino de Pizarro... Los símbolos heráldicos labrados en duro granito, patinados por los siglos, reverberan en áureos reflejos, al beso de la luz del sol extremeño, que se vierte por los altos ventanales. En aquella iglesia de Santa María la Mayor, de Trujillo, donde los blasones, apiñados en suelo y muros, trazan un poema de grandeza genealógica, la tumba ignorada de Francisco de Hinojosa es uno de tantos relicarios, que guardan los restos de olvidados paladines.

6.—Conclusión

Francisco de Hinojosa tuvo de su primer matrimonio, como ya dijimos, tres hijos: Alvaro de Hinojosa, Gómez e Inés de Solís. De su segundo enlace le nacieron otros tres hijos, que se llamaron Luis de Chaves, Martín de Hinojosa y Gutierre de Sotomayor.

El primogénito de esta prole, Alvaro de Hinojosa, heredero de la casa paterna, casó con Juana de Orellana, hija de los Señores de Orellana la Nueva. Fué «de buena estatura, delgado de cuerpo, moreno de rostro, la nariz larga, encorbada del medio, y tenía la voz un poco flaca, aunque muy dulce y alagüeña» (97). Espíritu selecto, cultivó la música, siendo inteligente, de amena charla y muy religioso. Hizo peregrinación a la tumba del Apóstol Santiago, causando su piedad asombro a los caballeros que le acompañaban. Fundó a media legua de Trujillo el monasterio franciscano de Nuestra Señora de la Luz, que luego fué destruido, y en su testamento ordena que se funde en su finca «Huerta Blanca» el convento de Santa Clara, que empezó a construirse a su costa en 1505 (98). De su matrimonio tuvo dos hijos y tres hijas (99).

- Gómez de Solís, el segundo de los vástagos de Francisco de Hinojosa, murió sin tomar estado. Doña Inés de Solís, la única hija, casó con Pedro Calderón, mayorazgo de los de su linaje en Trujillo, muriendo sin descendencia.

De los tres hijos del segundo matrimonio de Francisco, sólo el

(97) Ibid., fol. 71 vto.

(98) Naranjo: Ms. y loc. cits.

(99) Un nieto suyo, llamado también Alvaro de Hinojosa, casó con Graciana Pizarro, hermana del Conquistador del Perú. Trata esta genealogía el ms. anónimo «De la valerosa ciudad de Trujillo y sus armas», cit., fol. 34.

menor, Gutierre de Sotomayor, que heredó la hacienda materna, dejó sucesión. Casó dos veces, la primera en Trujillo, con María de Ocampo, hija de Gonzalo de Ocampo, y la segunda en Madrid, cuando ya había cumplido los setenta años, con una dama del linaje de Vozmediano (100). De los otros dos hermanos, el mayor, Luis de Chaves, que «fué lindo ginete y muy lucido caballero» (101), casó con doña María de Paredes, muriendo sin hijos de la peste, en Trujillo, en 1507. El segundo, Martín de Hinojosa, falleció siendo niño.

* * *

Francisco de Hinojosa no es una gran figura cuyas hazañas tienen repercusión en la vida de un pueblo o de la humanidad; es tan sólo el personaje de un drama de historia regional, que cumple su cometido en un determinado período. Por eso su hechos carecen de amplitud, en cuanto a despertar interés en grandes sectores, y resultaría desorbitado querer llenar con ellos las páginas de un libro; pero, en cambio, tienen un valor efectivo y complementario para la historia extremeña. Por ello hemos creído oportuno trazar esta monografía, suficiente, a nuestro juicio, para encuadrar las proporciones de su figura.

Dentro de su segunda fila, la personalidad de «Francisco de Hinojosa, famoso luchador» (102), tiene un relativo destaque y llena con sus proporciones el hueco que le asignó el destino. De haber nacido después, es posible que hubiera sido un conquistador indiano, como lo fueron otros de su linaje. Tenía fortaleza, valor y audacia en medidas poco comunes. El hecho de querer luchar en Cáceres con el gigantesco y hercúleo Clavero, lo demuestra plenamente; porque Monroy era tan temido y admirado, que sólo un hombre de espíritu superior y de energías extraordinarias pudo atreverse a resistirlo. No destaca tampoco en Hinojosa el gran defecto tan común en todos los tiempos, la ambición; resaltando, en cambio, entre sus cualidades estimables, la rectitud y nobleza, pues fué siempre «en sus tratos de gran lealtad y verdad» (103); de ello es prueba la adhesión a Solís, para lo que le fué preciso enfrentarse con un gran sector de su ciudad natal,

(100) Se llamó Beatriz de Mena. Vid. la genealogía de la descendencia de Francisco de Hinojosa que traza Alonso López de Haro: «Nobiliario genealógico de los Reyes y títulos de España», tomo I, cap. X. Madrid, 1622.

(101) Naranjo: Ms. y loc. cits.

(102) Federico Acedo: «Guía de Trujillo», pág. 22. Madrid, 1913.

(103) Hinojosa: Ms. cit., fol. 62 vto.

pues «D. Alonso de Monroy tenía en Trujillo muchos deudos y amigos» (104).

El amor que Francisco supo inspirar a sus dos esposas, amor que no decayó nunca, nos hace adivinar en aquel hombre «alto de cuerpo, enjuto, moreno, de gran autoridad» (105), una belleza varonil, un trato agradable, una atrayente simpatía, una amena charla... Si los laureles bélicos de otros guerreros fueron más brillantes, pocos triunfaron tan plenamente como él en las lides de amor.

El período histórico en que vivió Hinojosa, no pudo ser más ingrato. Nacido en los tiempos decadentes de Juan II, es hombre en el ambiente envilecido que crea el reinado de Enrique IV, y muere, como Moisés, frente a la tierra de promisión, al despuntar la aurora del engrandecimiento hispano, en los umbrales de la unidad nacional.

Cuando murió Hinojosa, Monroy seguía pretendiendo ser Maestre de Alcántara, frente a D. Juan de Zúñiga; pero, en realidad, el pleito estaba ventilado ya en favor del último. El período intenso y típicamente extremeño de estas luchas, había terminado. El personaje estuvo en escena durante todo el drama histórico. Cuando la muerte retira a Francisco de Hinojosa de la escena del mundo, había caído el telón del último acto de aquel drama.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

(104) Naranjo: «Solar de Conquistadores, Trujillo, sus hijos y monumentos», pág. 221. Serradilla, 1929.

(105) Hinojosa: Ms. cit., fol. 53 vto.